

Balada de los tres navíos piratas

I

Eran tres navíos esbeltos, ligeros. Tres naos piratas, como en un ensueño juvenil; las tres vestidas de novia.

Claro y pulido estaba el mar, con el amanecer; corvo y filoso el horizonte, como un yatagán. Se estremecía el velamen de las fragatas en un triunfo de palomas; y, en la arboladura, por los obenques, subía el viento hasta las cofas, con una canción de alegría, de aventura y trabajo.

II

Son las naves de Si-Ali-Maghzen, el pirata. Van orgullosas y desafiadoras; al frente, la capitana. Sobre la cangreja mutilada por las balas, al tope, ondea el negro pabellón.

Dos soles han flameado desde el último abordaje. Oro, tapices y espadas, llevan en las cámaras; y una cautiva rubia cuyos ojos sólo se abren para llorar.

¡María Fernanda! Cuando el pirata la ve, doblada sobre el rico damasco de los cojines, siente un estremecimiento contemplando esa nuca dulcemente carnosa, en la cual es como si acabara de hacerse el alba.

III

Eran dos galeones hispanos, volviendo de Indias.

Era un adolescente pálido, de ojos brilladores y brazo viril, cuyo espadín pintó un jabeque sobre el ancho y barbado rostro del pirata. Pero Si-Ali-Maghzen le hundió su alfange en el pecho, con un grito salvaje.

Y desde entonces la rubia María Fernanda llora y gime en sus brazos, cuando, en el ansia renovada de su sensualidad, con las primeras estrellas, él la sigue hasta el lecho.

IV

Alto, miraba el sol, asaeteando al mar.

Finos espolones tenían las naves, alba estela de leve rumor dejaban tras sí.

Unas piernas negras y velludas iban a lo largo de los barcos; unas caras curtidas se asomaban por las escotillas; unos brazos recios limpiaban los cañones y las culebrinas.

Sobre el puente de la capitana, Si-Ali-Maghzen ordenaba la maniobra. Sus ojos tenían un herir de centellas, y el trueno de su voz hacía temblar la nave.

Delante del viento marchaban las fragatas, contra unos puntos negros del horizonte.

Giraba la rueda del timón.

V

Grandes, se alzaban las olas y había un fragor de tempestad.

La boquita bermeja de la cautiva se abría en un canto acongojado. El viento de amanecida le desflecaba el trigo clarísimo de sus rizos; se copiaba el mar en sus ojos solares, azules; reposaban sus manos sobre la basquiña rojo rubí.

Miraba María Fernanda al pirata con un orgulloso desdén; iban los ojos de Si-Alí-Maghzen hasta los de la española, suplicantes y amorosos como dos ovejitas dóciles. Y su diestra buscaba en el rostro la huella indeleble del jabeque.

VI

Eran dos navíos piratas; uno se quedara, vencido, en lo hondo del océano. No tan ligeros, no tan gallardos, iban camino de Alejandría, sobre el Mediterráneo. Un viento apasionado de anochecer les inflaba el velamen; a la luz muriente del crepúsculo, tenían las fragatas un fulgir empalidecido de marfiles. Anchas y pardas, volaban unas nubes por el cielo; a veces una ola se alzaba hasta el bauprés.

Había en la capitana un chocar de vasos y un rumor de alegría de vino.

Si-Alí-Maghzen apoyaba sus codos sobre la borda de estribor; la hirsuta barba amanecida se le arrugaba entre las manos, contra el mentón. A lo largo del mar, se iban sus ojos hasta la claror verdiazul del horizonte.

En la espuma de las olas creía ver las blancas vestiduras flotantes de los beduinos, los gestos de guerra, los negros corceles piafantes. El seco estampido de las espingardas sonaba en sus oídos como un canto de vuelta a la patria.

VII

Cuando Si-Alí-Maghzen vió hundirse aquella nave bajo los cañones de España, un profundo abatimiento le nubló el espíritu.

Con ojos de triunfo miraba la cautiva los fieros soldados de su patria; sus labios decían los nombres de su Dios y su rey; al batir de las armas se le alzaba, anhelante, el pecho.

La nave del pirata puso proa a la libertad, y huyendo, se perdió en la noche que ya se hacía en el mar.

VIII

En la quietud entenebrecida de la última hora de sol, Si-Alí-Maghzen, sobre un rollo de cuerdas, evocaba sus días de Damasco y Basora, la belleza alucinada de Stambul, y el rielar de la luna sobre el Bósforo, a cuyo sólo recuerdo se conmovía su corazón.

Ya no es aquel Si-Alí-Maghzen, en otro tiempo tan temido.

Con su pobre y triste fragata, vaga por las rutas del mar, abatido, sin Dios, sin valor.

Antes, capaz de afrontar una escuadra española; ahora que una blandura de amor le aletarga la voluntad y embota el alfange, piensa cuando ha de atacar a una goleta.

Ya no gusta mezclarse entre su gente para reír y soñar con los cuentos de *Las mil y una noches*; para oír en silencio, gravemente, el relato deslumbrante de la virilidad del profeta; y los romances de Omar, y contar las alegres fiestas de Cachemira.

Se oyó soñar la espineta. Eran las manos de María Fernanda que se desmayaban sobre el teclado.

La espalda doblada, vencida, del pirata, se enderezaba y sus ojos, ya sin brillo, tenían como un relucir de espadas.

Se iba haciendo la noche; la voz de la cautiva tenía un reconcentrado acento de rebelión y de odio; como el resonar de las armas en el estruendo de los abordajes.

La mano callosa y ruda del pirata se alzó hasta su barba, donde el temprano albor decía toda su pesadumbre y su derrota, y tuvo una caricia para ella.

IX

Era en la noche de los puertos. Una luna pálida, triste, se enredaba entre los palos de los veleros; pasaba un viento fresco que hacía gemir las jarcias; se oía un salpicar de olas y una canción monótona de marinero de guardia.

Una gran fragata, fondeada, es como un resplandor en la obscuridad. Casi por completo tiene rota la arboladura; a jirones le cuelga el velamen; mucha sangre ha corrido sobre cubierta, y, en las planchas, lleva los boquetes de los cañonazos.

Esto queda de la flota de Si-Alí-Maghzen, el pirata; y su cadáver se balancea levemente, atado al palo mayor.

ENVIO

Si-Alí-Maghzen perdió sus naves, sus blancas naves de guerra. Uno a uno murieron sus hombres, defendiéndolo bravamente. Al fondo del mar se fueron sus tesoros, las turquesas, las sedas, los bellos tapices, los claros alfanjes.

Si-Alí-Maghzen perdió la fe en el Profeta, y olvidó hacer sus oraciones vuelto hacia la Meca.

Por el amor de una cristiana a quien no supo conquistar, perdió la paz de su espíritu y la dulce dicha de la sensualidad satisfecha.

Y de esta historia quedó un llorar en el aire y una tragedia de estrellas sobre las aguas del mar.

Noviembre 9 1926.

RAFAEL B. ESTEBAN.